

Paraísos Hostiles

Aguilera Garramuño, Marco Tulio

México: Leega, 1985

Jorge Ruffinelli
México

Condición del escritor es vivir insatisfecho con el mundo y la realidad que lo rodea, encontrar hostil incluso al paraíso cuando éste llega, si bien devaluado y bajo la forma de una casa de pensión. Una posible lectura de *Paraísos hostiles* (México, Leega, 1985), segunda novela de Marco Tulio Aguilera Garramuño (Bogotá, 1949) marcaría esta tendencia romántica y quejosa que si bien desapareció de la literatura en el siglo XIX, retornó a través del tango y el bolero. Lamento implícito, también, en el título que cayó en esa "tentación paradójica" causante de tantas bellas expresiones como "paraíso infernal", "turbia belleza", "inocencia perversa", etc. Otra lectura, a su vez, nos acercaría al primer Aguilera Garramuño, al de *Breve historia de todas las cosas*, que este año cumple diez de haberse publicado, e incluso al de varios *Cuentos para después de hacer el amor* (1983) que algunos leen, sin embargo, antes, es decir al que cultiva el sarcasmo como forma de humor, el escándalo expresivo como forma de provocación, el no me importa madre como forma de grave preocupación, un Aguilera Garramuño de todos modos instalado en la paradoja.

Lo que no resulta paradójico es la vitalidad de una escritura que al transitar sus caminos a veces encuentra sendas inesperadas, en ocasiones pisa fuerte y también en ocasiones adelgaza la pisada. Mi interés en su literatura no es porque yo encuentre la perfección en ella, sino porque encuentro su búsqueda. La búsqueda como índice permanente de vitalidad.

Paraísos hostiles es una novela sorprendente si uno quiere trazar sus coordenadas de tiempo y lugar. Las referencias son escasas, como si en cada una de ellas el novelista insistiera en borrar huellas. Se habla de Coatepec como de la Colonia del Valle, y el secuestro y muerte de Veláz-

quez Palau, empresario de fortuna, parece corresponder a Monterrey si se recuerda que allí vivió Aguilera por algunos años y aún no ha saldado sus cuentas con la ciudad. La época tampoco parece importarle, tal vez por el desarraigo de una escritura colombiana en pleno México de los años ochenta, o porque lejos de querer "reflejar" o expresar la realidad del entorno, Aguilera se concentra en un teatro interior, donde mueve a sus personajes en una escenografía tan arbitraria como lo exija la imaginación sin amarres. Creo ver en esta tendencia de Aguilera Garramuño una intención de rebeldía egocéntrica, la voluntad rabiosa y empecinada por cultivar sus propias obsesiones despojando de la preocupación 'social' que aqueja a otros narradores de su generación, amistosos por servir a su comunidad aunque fuera a fuerza de golpes y rencor. Aguilera se observa a sí mismo, descubre la aptitud de la invención incesante (no en vano García Márquez es su coterráneo y su maestro) y en todo caso su placer narcisista consiste en compartir con los demás el privilegio de esa invención.

Es difícil contar una novela, pero más aún *Paraísos hostiles*, y esto porque el Narrador va presentando a cada uno de sus personajes y cuando parece el momento de iniciarse la acción, la novela termina, lo que me recuerda la avidez de Sáinz con ese eterno primer capítulo de *Fantasmas aztecas* pero también el hermosísimo juego de variantes de estilo de Calvino en *Si una noche de invierno un viajero*. No se trata aquí —como en las novelas mencionadas— de un procedimiento artificial y (re) buscado, sino más bien del autor que se enamoró de sus personajes y sustituyó la trama por el crecimiento arborescente de los hijos de su imaginación.

Si no contarla (¡qué gracia!) podrían al menos decirse muchas cosas más sobre esta divertida novela. Hablar del espacio mítico de la casa, ese lugar que funciona como un microcosmos de una humanidad variopinta y con énfasis en lo extravagante; con personajes de algún modo marcados o definidos por sus nombres: Anófeles, Tisbe, Dulceniño, Casiopea, Puñetas, Oloroso, los Hermanos Lejos, y por supuesto Bartola que es dueña de la casa y la matrona. Entre ellos asoma incluso un "novelista", *alter ego* del narrador, cuyo proyecto literario vale citar completo "Voy a escribir una novela que va a ser el resumen del mundo, una novela que será como un corazón palpitando en las manos del lector, encantadora y terrible como la vida, tratará de gente sencilla, de mucha gente pecadora y virtuosa, como si ángeles y demonios pudieran habitar este planeta y hablará del amor, la muerte, el sexo y el hombre, pero no será una obra

lastimosa sino llena de luz negra; toda está aquí en mi cabeza, escribiré noche y día, saldrá de mis manos como del ombligo del universo y la energía de las constelaciones irradiará en el rostro de mis personajes". Es claro que por variadas circunstancias, Aguilera Garramuño se negaría a identificarse con este personaje, pero lo singular es, no sé si por un lapsus o con intención, el seudo anagrama en los nombres del autor y del personaje: Macros Filio —Marco Tulio. En todo caso, su verdadero *alter ego* sería Lino el cartero, por un dato anecdótico y "en clave": en la novela éste tiene un VW pintado exactamente como el del autor.

Paraísos hostiles se ubica en un brillante estilo contemporáneo de la novela hispanoamericana que ha hallado réditos en la imaginación y en ella se instala y en ella se aferra. Es una imaginación rítmica y tiene "puntería en las palabras", si falla en la estructura crea en cambio personajes atractivos y fuera del común aunque no sean extraordinarios; los deja que proliferen como criaturas sueltas en el paraíso de la ficción y luego los cosecha con entusiasmo e inventiva.

Libro del Extrañado

Alvarado Tenorio, Harold

New York: Mary Mount College, 1985. 20 pp.

María A. Salgado
University of North Carolina at Chapel Hill

Los dieciséis poemas que Harold Alvarado Tenorio recoge en este folleto continúan elaborando ese mundo poético estructurado por medio de la realidad cotidiana que tan bien sabe recrear este escritor. La experiencia poética se comunica aquí de manera directa e inmediata en cuanto se inicia la lectura. El mismo título —*Libro del extrañado*— se convierte en un puente anímico desde cuyos extremos autor y lector comparten la "extrañeza". El lector se pregunta, extrañado ¿por qué?, ¿de qué? y, más importante todavía, extrañado, ¿quién? La subsiguiente lectura del epígrafe de Al-Mu'tamid de Sevilla y de los versos de Alvarado Tenorio, al tiempo que insinúan una respuesta, también

hacen comprender que es imposible responder a estas preguntas de manera inequívoca. El lector comprende que éste no es el libro de nadie sino de todos. Es decir, es el libro de quienquiera que haya reflexionado, aunque sólo sea un momento, sobre la ironía de estar vivo.

El epígrafe introduce y delinea sucintamente el tema del desengaño —tan barroco y tan hispano— al señalar la necesidad de enfrentarse "con prudencia" a un mundo diseñado para el engaño. Un mundo que es descrito "Tejido con dos tiras de oro huidizo./ La primera, espejismo de una vana esperanza./ La segunda, un camino de polvo y cenizas". Dentro del marco de los varios motivos literarios que sugieren estas imágenes del epígrafe, los versos de Alvarado Tenorio van a ir desarrollando el tema del desengaño. Sin embargo, el acostumbrado tono menor de este poeta forma un fuerte contraste con las imágenes y la expresión tradicionales del epígrafe. Vale decir, Alvarado Tenorio se acerca a uno de los temas literarios de más rancio abolengo —tema abordado por lo general con los términos más líricos y herméticos del lenguaje poético— y lo reduce a dimensiones cotidianas al presentarlo por medio de las vivencias y la lengua de todos los días. La "cotidianidad" de su presentación subraya que el desengaño es la ley de la vida; la emoción que rige la vida humana en cualquier tiempo o lugar.

El poemario no sólo usa el lenguaje familiar, sino que responde a experiencias vividas a todo lo ancho de la geografía del mundo occidental. Alvarado se refiere tanto a Bogotá, México y Nueva York como a España y Alemania, sugiriendo así implícitamente que no importa el lugar donde ocurre la anécdota, lo que cuenta son los sentimientos. Tal vez el poema más representativo de esta tendencia a lo que podríamos llamar el cosmopolitismo sea el titulado "La patria", poema que además sirve también para ilustrar los temas y el estilo, es decir, la manera de poetizar de Alvarado Tenorio. En "La patria", y contrario a lo que cabría esperarse del título, el poeta no habla de un lugar sino del lenguaje, al cual considera la única y legítima patria de cada uno: "La patria es el habla que heredaste / Y las pobres historias que conserva". Es el habla —la "patria" que oímos en la niñez y que leímos al ir creciendo— lo único que nos une al pasado y lo que dejaremos a los que vengan después: "Tu patria serán los libros que des a la tierra / Y la felicidad que depares al lector".

Este acercamiento familiar a la poesía, característico de la obra de Alvarado Tenorio y de su generación post-nadaísta, hace que a pesar de que el *Libro del extrañado* está unificado por un